

Hagiografía e invención en *Plácido* (1871), novela de Francisco Campos

PATRICIA G. CARRASCO

Colorado State University-Pueblo

RESUMEN

Con la escritura de *Plácido, novela* (1871), Francisco Campos empleó la hagiografía y la retórica como una forma de articular el pensamiento para promover la acción social frente a las dificultades de su realidad. Recurrió a esta forma de escritura para difundir su mensaje y contribuir como intelectual a crear sujetos ideales para el Estado nacional.

PALABRAS CLAVE: Hagiografía moderna, sujetos ideales, retórica, persuasión.

SUMMARY

In *Plácido* (1871), Francisco Campos utilized hagiography and rhetoric as a means to articulate thought. This was his way to promote social action in order to confront the difficulties of his reality. He used this form of writing in order to disseminate his message and thus contribute as a committed intellectual to the creation of ideal subjects for the national state.

KEY WORDS: Modern Hagiography, Ideal Subjects, Rhetoric, Persuasion.

UNA DE LAS primeras novelas que hasta ahora se conocen de las que fueron publicadas en Ecuador durante el siglo XIX es *Plácido* (1871)¹ pro-

1. Cfr. Flor María Rodríguez-Arenas, "Representación y escritura: el realismo en *La emancipada* de Miguel Riofrío (1863)", en Miguel Riofrío, *La emancipada*, Doral, Florida,

ducto de la pluma de Francisco Campos; texto del que no se encuentran estudios. En este análisis se considerarán tanto aspectos de la estructura, como las posibles intenciones del autor para difundir el texto. Para realizar esta indagación literaria se tendrán en cuenta tanto el género al que se adscribe: la hagiografía, como situaciones retóricas que ayudarán a explicar intenciones, resultados y alcances de esta novela.

En la segunda mitad del siglo XIX en Ecuador, durante el gobierno de García Moreno, se produjo un auge económico importante debido a las exportaciones de caucho, de tabaco, de cascarilla y en especial de cacao; por consiguiente, aumentaron las plantaciones de estos productos en los sectores de la Costa. Esto conllevó un aumento de la mano de obra de personas provenientes de la Sierra. El latifundio se especializó en la comercialización y los pequeños propietarios conservaron sus terrenos, pero siempre a merced de los más grandes y poderosos que controlaron las exportaciones y los precios. La administración de García Moreno mejoró las vías de comunicación. Ocurrieron avances en lo intelectual y político y se construyeron carreteras. Los ingresos de los impuestos fueron mayores, pero relativamente justos. En 1859 se autorizó al Banco Particular de Luzárraga para la emisión de billetes inconvertibles. En 1861 se estableció una estructura administrativa descentralizada; para 1862 se produjo la sobre explotación de las tierras, lo que trajo como consecuencia el alzamiento de los pueblos indígenas de Cañar. También se le autorizó al Banco Particular de Circulación y Descuento para la emisión de billetes inconvertibles, por la falta de monedas. Además, se suscribió que la religión católica fuese la religión del Estado. Así, la Iglesia tuvo todos los poderes para controlar la moral y la vida pública y los conventos fueron reformados para “volverlos a la observancia”. A los sacerdotes se les quitó los bienes y no pudieron vivir fuera de los conventos, modificándose fuertemente el convento de Santo Domingo en Quito, entre otros. En 1867, Ecuador participó en la Exposición Mundial de París a raíz de su crecimiento económico. En 1868, el Gobierno adquirió un empréstito con el Banco del Ecuador de ochocientos mil pesos para retirar los billetes inconvertibles, mientras que en 1869 se redactó la “Carta Negra”, carta política donde se reformó el Código Civil y los de enjuiciamiento penal y militar; se promulgó la Ley de

Stockcero, 2009, segunda edición crítica revisada y aumentada, p. viii. En este estudio se ubica esta novela como la tercera publicada en el país después de las de Riofrío y Salazar Arboleda.

Bancos, de Cajas de Ahorro y la Ley electoral. Durante 1869-1871 se centralizó, se modernizó y se elevaron las exigencias de la enseñanza. Además, se creó el Colegio Normal para la formación de maestros y se aplicaron enérgicos castigos a los que se oponían a la educación de los niños y los obligaban a trabajar. Finalmente, se creó la Escuela de Artes y Oficios. Importante para García Moreno fue la construcción de caminos para hacer accesible el comercio interno y externo, por ende, su mayor obsesión fue unir la Sierra con la Costa. Para él, la Iglesia podía ser el instrumento de consolidación político-ideológico del programa centralizador y de modernización.

Para 1870, la deuda externa alcanzó un millón doscientos mil pesos y el Banco del Ecuador pasó a ser el principal acreedor del fisco. Luego se creó el Banco de Crédito en la capital y en Cuenca. El sistema bancario controló la emisión de monedas y billetes, las cuentas del Estado y la retención de determinados impuestos, junto con los aranceles de aduana. En 1871 se alzaron los indígenas de Imbabura y Azuay. Para 1872, se dio un alza del nivel de precios, lo cual fue desfavorable para la balanza de pagos internacionales, produciéndose la fuga de monedas metálicas y una devaluación de las mismas. En 1873; por decreto oficial y solemne se hizo la “Consagración de la República al Corazón de Jesús”. García Moreno ejerció absoluto control sobre el país; hubo persecuciones y dispersiones de sus opositores y purgas en el Ejército, la Iglesia y la burocracia, lo que hizo que la represión fuera más efectiva. Nombró directamente a los gobernadores, acrecentó las atribuciones municipales, violó las garantías ciudadanas y fusiló por delitos políticos. García Moreno fue el representante del ultramontanismo terrateniente en Ecuador. En el país se consolidó el Estado oligárquico, lo que significó no solamente implantar la ley y el orden sino también rompe el fraccionamiento económico para dar paso a las relaciones de intercambio comercial con Europa. Durante las elecciones de 1875, los religiosos fueron los que más apoyaron a García Moreno. Durante su gobierno, instauró un sistema confesional autoritario y excluyente en el que la Iglesia fue la institución central canalizadora del poder. Por consiguiente, el clero se transformó en la fuerza política más importante de Ecuador. Al final de su segundo período presidencial, ejerció un control absoluto sobre el país.²

Ahora, Francisco Campos Coello nació en Guayaquil el 24 de julio de 1841 y murió en la misma ciudad, a los setenta y cinco años, el 25 de abril de

2. Cfr. Enrique Ayala Mora, “Gabriel García Moreno y la gestación del Estado nacional en Ecuador”, en *Crítica y Utopía*, No. 5, septiembre de 1981, pp. 1-16.

1916. Sus padres fueron el doctor José Antonio Campos y la señora María de Jesús Coello. Realizó sus primeros estudios en Guayaquil y los continuó en el Colegio Americano de Roma. Terminados sus cursos, recorrió los principales centros científicos del mundo y regresó a su patria. Alcanzó el título de doctor en Jurisprudencia, en la Universidad de Guayaquil. Durante medio siglo enseñó latinidad, matemática, historia, literatura, ciencias naturales e idiomas. Fue políglota: estudió bellas letras, alcanzó fama en el periodismo y fue miembro de la Academia Ecuatoriana. Publicó en diversas áreas: en 1871 difundió la novela *Plácido*; y posteriormente, *A la memoria del doctor Francisco X. Aguirre* (Guayaquil, 1883), *A través de los Andes* (Guayaquil, 1887), *En el Gólgota* (1892), *Narraciones fantásticas* (Guayaquil, 1894), y *La Receta* (1899); su obra *Lecturas*, libro póstumo, se editó en 1931.³ *Viaje por la Provincia de Guayaquil: historia, tradiciones, crónicas antiguas, biografías, datos estadísticos* (1877); *Galería biográfica de hombres célebres ecuatorianos* (1885); *Informes sobre agua potable* (1886); *Compendio Histórico de Guayaquil desde su fundación hasta el año 1820* (1894); *Tradiciones ecuatorianas* (1895); *Elementos de física y astronomía*; *Estudios sobre el calendario*; *Cuadros históricos de los concilios ecuménicos de la Iglesia Católica*; *Viaje de Guayaquil a Cuenca*; *De Guayaquil a Washington*; *Viajes por Inglaterra, Escocia e Irlanda*; *Tradiciones históricas*; *Breve historia sobre las municipalidades*.⁴

Francisco Campos publicó su primera novela:⁵ *Plácido*,⁶ cuando contaba 30 años de edad y ya había residido durante varios años en Europa. Un narrador omnisciente presenta la historia, cuya época es “el año 79 de la era

3. Julio Tobar Donoso, “Francisco Campos”, en *Los miembros de número de la Academia Ecuatoriana muertos en el primer siglo de su existencia*, Quito, Ecuatoriana, 1976, pp. 301-303.

4. Cfr. Francisco Campos, *Plácido y Narraciones fantásticas*, Guayaquil, Empresa Editorial Olmedo, 1894, p. 338.

5. Se ha afirmado que Francisco Campos publicó esta novela originalmente en 1896, lo cual es un error; ya que lo hizo 25 años antes, en 1871: “Después de realizar la obra del agua, Campos volvió a las letras. Terminó y publicó su novela *PLÁCIDO*. Poco más tarde, leyó *A LA COSTA* del ambateño Luis A. Martínez. Se puso rojo. Pero era generoso, y, contra sí mismo, comprendió. La novela, como la vida, tiene que ser verdad: las novelas de los ecuatorianos tienen que ser ecuatorianas”. Carlos Alberto Flores, *Apuntes biográficos del Dr. Francisco Campos*, Guayaquil, Taller Gráfico de Educación, 1943, p. 17.

6. En este ensayo se distinguirá entre las dos ediciones por sus títulos: *Plácido, Novela*, 1a. ed.; *Plácido, novela original*, 2a. ed.

cristiana, y 832 de la fundación de Roma”.⁷ El mundo narrativo cuenta la historia del peregrinar de Plácido, desde los 19 años hasta más o menos los 67 años. Su vida adulta transcurre durante los gobiernos de los emperadores romanos: Domiciano, Nerva, Trajano y Adriano. En la erupción del volcán Vesubio pierde al naturalista Plinio, a quien consideraba su padre adoptivo. Ingresa al ejército y sirve fielmente al emperador Domiciano. En las postrimerías del gobierno de Domiciano, adopta la religión católica y cambia su nombre por el de Eustaquio, que quiere decir: “varón fuerte”. Poco después de asumir Nerva, lo deja cesante, junto con numerosos oficiales. Debe aprender a ganarse la vida para él y para su familia, pues tenía esposa y dos hijos pequeños. Así, resuelve salir de Italia y dirigirse al África. En medio de un huracán, Félix, el piloto del buque que los lleva a Siria, lo droga y lo abandona en una playa desierta con sus dos hijos y le arrebató a su esposa. Al tratar de atravesar un río caudaloso, toma a uno de los niños y lo cruza a la otra orilla, cuando regresa para llevar al otro, ve con espanto e impotencia cómo un león se lleva al niño que ha dejado atrás; trata de ir con su otro hijo, pero ve cuando una loba también se lo arrebató. Marcha por África con gran pena en el corazón, buscando a su familia y mendigando para poder subsistir, pero lo sostiene la fe. Luego de años de sufrimiento, ingresa en el gobierno de Trajano nuevamente como militar y su posición se estabiliza. Finalmente, ya en el gobierno de Adriano, encuentra a su esposa Teopista, quien nunca había dejado de buscarlo y a sus hijos Agapito y Teopisto. Eustaquio presenta a sus hijos al emperador Adriano y este les otorga ascensos en el Ejército y los considera como miembros de la familia imperial; pero los envidiosos le informan al emperador, que lo conocía como Plácido, que es cristiano y que su nombre es Eustaquio. El emperador le pide que reniegue de la fe y se salve; como Eustaquio se niega a hacerlo, lo condena a morir incinerado dentro de un toro de bronce con su esposa, sus hijos y con Athenais, la nieta de Nerva que también se había convertido; esto sucede “El veinte de septiembre, según el calendario Gregoriano y el quinto día después de los idus del mes citado, de conformidad con el calendario romano”.⁸

Como ya se vio, al asumir la presidencia en 1860, Gabriel García Moreno culpó al liberalismo de escindir el país y convencido de que solo las tradi-

7. Francisco Campos, *Plácido, novela original*, 2a. ed., Guayaquil, Empresa Editorial Pichincha, 1896, p. 3.

8. F. Campos. *Plácido, novela original*, p. 331.

ciones católicas fuertemente arraigadas podrían inspirar un nacionalismo con poder de cohesionar los dispersos grupos políticos, firmó un concordato en 1863 que concedía a la Iglesia fuertes poderes sobre el Patronato Real, ampliaba la potestad de los miembros de la Iglesia en Ecuador y les concedía el monopolio sobre la educación; además, constitucionalmente, si no se era católico no se era ciudadano.⁹ Este clima ideológico posiblemente era de total aceptación para Francisco Campos, quien había estudiado en el Colegio Americano de Roma,¹⁰ mejor conocido como Pontificio Colegio Pío Latinoamericano de Roma, lugar que era y es el seminario internacional latinoamericano destinado a la formación de sacerdotes. Es decir, en su juventud se había formado bajo la tutela de los jesuitas en el seminario romano; con estudios posteriores de Jurisprudencia, así “durante medio siglo dirigió a la juventud por los caminos del saber, enseñándole varias ramas de lo que entonces se llamaba latinidad”.¹¹ Esta información es totalmente pertinente para dar una luz sobre el tema que escogió para su novela: la vida de un mártir de la Iglesia católica.

Desde la perspectiva de su educación, de su formación religiosa y del ambiente imperante, puede explicarse el referente escogido por Campos para desarrollar su novela; sin embargo, dentro del sistema de los movimientos literarios que se dieron en el siglo XIX, parece incongruente e incluso anacrónico el escribir una hagiografía moderna. No obstante, hubo en ese siglo e incluso a principios del siglo XX, un fuerte interés de autores reconocidos en distintos países por efectuar obras literarias sobre vidas de santos o por emplear elementos propios de la hagiografía en su producción literaria, como es el caso James Joyce, Gertrude Stein, T. S. Eliot¹² y Rubén Darío¹³, ya que los santos y sus vidas ejemplares son un fuerte motivador en todas las épocas bajo diversas circunstancias.

9. Cfr. los discursos y diversos escritos de García Moreno y el manejo de información que hace en torno al catolicismo y la Iglesia católica en ellos, durante sus períodos presidenciales. Manuel María Pólit, edit., *Escritos y discursos de Gabriel García Moreno*, Quito, Imprenta del Clero, 1887.

10. J. Tobar Donoso, “Francisco Campos”, 1976, p. 301.

11. *Ibid.*, p. 301.

12. Cfr. las investigaciones de Melissa R. Jones, *Modernist Hagiography: Saints in the Writings of Joyce, Stein, Eliot, and H.D.*, Kent State University, 2004, [Disertación doctoral]; Christine Rapp Dombrowski, *The making of a Romantic Female Hagiography*, University of Pennsylvania, 2008 [Disertación doctoral].

13. Cfr. Sandro Abate, “Elementos hagiográficos en la obra de Rubén Darío: poesía y cuento”, en *Hispania*, vol. 79, No. 3, septiembre, 1996, pp. 411-418.

Como género narrativo, la hagiografía se refiere a “aquellas obras en las que se relatan vidas de santos”,¹⁴ que se erigen como modelos ideológicos de comportamiento que, a su vez, sirven como referente para constituir sujetos ideales. En el pasado, esas vidas seguían patrones estructurales para su escritura:

Las vidas de santos y las colecciones de milagros apuntan a conformar a los servidores de Dios a modelos, cada uno de los cuales corresponde a una categoría reconocida de la perfección cristiana –mártires, vírgenes, confesores, etc.– y, más allá, a la figura de Cristo. En efecto, cada santo o santa que merece este nombre ha buscado en vida, si no identificarse con la persona del Hijo de Dios, sí, por lo menos, aproximarse lo más posible a esta norma absoluta. [...] Partiendo de los relatos cuyo objetivo preciso es el de borrar las particularidades de los individuos y transformar su vida en fragmentos de eternidad, es difícil imaginar cómo haya podido ser la existencia concreta de esos personajes, que se reduce a menudo a un montón de estereotipos. Así pues, la hagiografía, y luego cierta historiografía, se han inclinado a presentar a los santos no solo como seres excepcionales, sino, sobre todo, como figuras repetitivas, en cuya vida el único elemento susceptible de variación era el marco espacio-temporal en el que se insertaban; marco, por otra parte, esbozado también de forma esquemática, como una especie de escenario apropiado para valorar la perfección del héroe o de la heroína.¹⁵

En la tradición de este cuerpo de escritura se inserta la novela *Plácido*, escrita en una época de cambios económicos y sociales y de desintegración de valores éticos que concernían tanto con lo social como con lo religioso. Hacia la década del sesenta del siglo XIX, un extranjero afirmó: “Hay pocas personas en cuya palabra se puede confiar cabalmente” dice Hassaurek, apreciación que confirma con el relato de los engaños que tuvo que sufrir en los trabajos que encargó, en los viajes que organizó y en los ofrecimientos que recibió”.¹⁶

Palabras que indican una fractura social, donde la ausencia de determinados valores individuales señala una situación sociocultural que afecta a los habitantes. Condición que muestra una sociedad en transición, que los intelect-

14. Demetrio Estébanez Calderón, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, p. 489.

15. André Vauchez, “El santo”, en Jacques Le Goff, edit., *El hombre medieval*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 325-326.

16. Osvaldo Hurtado, *Las costumbres de los ecuatorianos*, Quito, Planeta, 2007, p. 90.

tuales sienten que está necesitada de guía y de modelos para poder constituir la nación que ellos desean y para que logre formar parte del concierto de los Estados del hemisferio occidental; anhelo decisivo en los pensadores del siglo XIX.

Con una sólida preparación en latín y en estudios humanísticos adquirida en el seminario y posteriormente en la educación universitaria, Francisco Campos tenía conciencia de que para convencer a grupos humanos tenía que dominar y practicar un discurso –oral o escrito, o los dos– mucho más complejo, el cual requería de nociones e ideas explícitas acerca de la conformación y el funcionamiento de comunicados con fines descriptivos, narrativos y argumentativos; discurso que debía persuadir a los receptores mediante la producción de los textos, esto es, había que dominar el arte de pensar, la lógica, y el arte de convencer por medio de la retórica: la persuasión. Pero, al mismo tiempo, reconocía que la composición étnica y las circunstancias políticas y sociales de Ecuador necesitaban de una dirección para consolidar la nación. Los grupos étnicos no tenían un pasado común; por eso, había que construir un escenario que constituyese una historia compartida, que inventara un colectivo que se aceptara, para proyectar un ideal nacional; había que estructurar una idea común que pudiera, en general, ser aceptada. Lo que se compartía en su presente era el sistema de creencias y prácticas religiosas; de ahí que necesitaba emplear un vehículo que a la vez que permitía crear un modelo de escritura que sirviese para convencer, fuera fácilmente aceptado. La novela era un campo no explorado, casi desconocido, pero sumamente útil para la difusión de las ideas, como lo había visto en sus viajes por Europa. Por eso, recurrió a esta forma de escritura para difundir su mensaje y contribuir como intelectual a crear sujetos ideales para el Estado nacional. Como versado latinista sabía que la retórica, la poética y la elocuencia se transforman en literatura, y esto fue lo que se propuso con la escritura de *Plácido*, novela acerca de uno de los mártires de la Iglesia católica en el siglo I de la era cristiana. Pero para poder realizar su objetivo, debía persuadir.

Durante el siglo XIX:

En España se da un completo panorama de influencias en los diferentes tratados de retórica que son cauce de distintas doctrinas filosóficas (sensualismo, sentimentalismo, espiritualismo, tradicionalismo, idealismo, neoescolasticismo, empirismo, pragmatismo). En cuanto al ámbito de la enseñanza, hay una total integración de la retórica en la literatura. En muchos de los textos para universitarios y bachilleres, bajo el nombre genérico de literatura se integran la retórica y la poética, algunos principios de estética, y en ocasiones, tratados de versificación. Así (por poner algunos

ejemplos) Antonio Gil de Zárate llama *Manual de Literatura* a su libro, titulándolo *Principios generales de Poética y Retórica* (Madrid, Boix, 1844). En realidad, de los tres volúmenes del libro, el primero es una retórica (entendida como preceptiva de la escritura literaria).¹⁷

Si esto sucedía en España, en los países hispanoamericanos pasaba lo mismo, ya que los libros españoles, debido al idioma, se empleaban; además, en Ecuador se conocían esos manuales.¹⁸ Con estos parámetros, hay que acercarse a la persuasión para saber la manera en que el mundo de *Plácido* se estructuró.

De los tres modos en que se realiza la persuasión retórica (enseñar, conmover, deleitar), el fundamental y característico de la narración de los hechos es el de *instruir* (*docere*), que, para ser eficaz y lograr su fin, debe *deleitar* (*delectare*), esto es, hacerse escuchar con agrado, ser interesante, no aburrir, no fatigar al que sigue el discurso, etc. Todo ello está compendiado en las tres cualidades (*virtutes*) necesarias para la *narratio*: *ser breve* (*brevis*), *clara* (*dilucida / aperta / perspicua*), *verosímil* (*verisimilis / probabilis*).¹⁹

Estos aspectos retóricos permiten ver rasgos muy generales de la estructuración de *Plácido*. La historia central en la que se cruzan y combinan las otras historias que se narran es la de la vida de Plácido, quien al ser bautizado recibe el nombre de Eustaquio. Este protagonista posee características generales que promueve la hagiografía: es un personaje en el que sobresalen sus virtudes, es “humilde sin bajeza, grave sin altanería”,²⁰ amado y respetado; presta atención y sabe oír, situación que lo saca de la vida que había llevado en el ejército al servicio del emperador Domiciano, al escuchar las palabras de anuncio de Domicia. Ella le dijo: “Si queréis seguir el consejo que voy a daros, seguidle. Salid de este palacio; salid sin mirar atrás, porque este palacio está maldito”.²¹ Él así lo hizo. Este aspecto es el motivo que lo lanza a un peregrinar que al principio tiene que ver con alejarse del mal. Este movimiento espacio-temporal del personaje es una búsqueda de desarrollo espiritual que lo conduce cada vez más cerca de su destino final: la muerte terrenal, para alcanzar la vida eterna.

17. David Pujante, *Manual de retórica*, Madrid, Castalia, 2003, p. 67.

18. Carlos Rodolfo Tobar, *De todo un poco*, Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1896, p. 105.

19. Bice Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1988, p. 76.

20. F. Campos, *Plácido, novela original*, p. 291.

21. *Ibid.*, p. 67.

Plácido, como ser histórico real, vivió en un tiempo cronológico y dejó una huella en la historia que fue recogida por la tradición oral que transmitió la esencia de los hechos. Plácido, como ser de la ficción, se ha construido como un modelo hagiográfico²² con una función didáctica, moralizante y ejemplar para formar sujetos ideales para la nación; este es el esquema de pensamiento que se persigue con esta construcción narrativa. Con la historia de las aventuras y las desventuras, de las pérdidas y de los triunfos de Plácido, se entretiene, se distrae al lector, se lo *deleita*; a la vez que se lo instruye social y moralmente. Para no aburrir, su vida se cruza con la de otros personajes que son, algunos, igualmente edificantes (Ignacio,²³ Apolonio²⁴), quienes le sirven de ejemplo y de apoyo en momentos importantes de su existencia; o que,

-
22. Existen diferentes versiones sobre la leyenda de san Eustaquio, la más conocida es la que difundió Jacobo de la Vorágine en el capítulo CLXI de su libro *La leyenda dorada*: Plácido y un general de los ejércitos de Trajano, en una cacería fue a dispararle a un ciervo, cuando se dio cuenta de que entre las astas tenía una imagen de Cristo. Su sorpresa fue mayor cuando el animal le habló y lo exhortó a que se hiciera cristiano y se bautizara. Al día siguiente, Cristo le anunció que iba a perder todo lo que tenía y padecería muchas desventuras. Así sucede: pierde todas sus posesiones, debe abandonar el hogar, un marino secuestra a su esposa, una loba y un león, respectivamente, se llevan a cada uno de sus hijos, debe pedir limosna para ganarse la vida. Quince años después, unos soldados lo reconocen y vuelve a ocupar su cargo en el ejército; sus hijos se enlistan en el mismo ejército. Se reencuentran cuando la madre oye a los hijos contando sus historias y las extrañas circunstancias de la separación; además, reconoce a su esposo en el general romano. El emperador los condena a morir en el circo de Roma, escapan de la sentencia, pero el emperador ordena construir un buey de bronce para incinerarlos dentro, castigo al que también sobreviven (véase: Isabel Lozano-Renieblas, "La leyenda de san Eustaquio", en *Novelas de aventuras medievales: género y traducción en la Edad Media hispánica*, Kassel, Edition Reichenberger, 2003, pp. 76-77.
23. En la novela de Campos, Ignacio es un anciano que conoce a Plácido en casa de Salustia; comparten un par de horas, mientras Plácido, Dión y Calpurnio esperan a Apolonio. Ignacio es un hombre de corazón noble, uno de los héroes del cristianismo que fue enviado a predicar en Antioquía y llegó a obispo de aquella ciudad. La fama de sus milagros y la autoridad que todos sienten por él, atraen la aversión de Trajano. Ignacio pasa a llamarse Teóforo, que significa: llevar a Dios en el corazón. Para él, la muerte es un gran triunfo y Trajano lo manda a matar: "Dos meses después, en el circo, delante de un inmenso pueblo, aparece el mártir de Antioquía. Una plegaria sale de sus labios, dos leones se precipitan sobre él, lo destrozan con sus garras, despedazan con sus carnes (sic), trituran sus huesos y aquella alma pura sube al cielo, embellecida con la corona del martirio". F. Campos, *Plácido, novela original*, p. 285.
24. Apolonio es un predicador de gran reputación, seguidor de la filosofía de Pitágoras, pero las palabras de Ignacio lo hacen vacilar en sus creencias. Posteriormente, bautiza a Dión y le cambia el nombre a Dión Crisóstomo.

como él, van en un viaje de búsqueda (Calpurnio),²⁵ en cuya trayectoria se entrecruzan con otros personajes que son pasajeros pero importantes para su misión o para su destino: Plinio,²⁶ Fabio,²⁷ Domicia,²⁸ Dion,²⁹ Dionisio,³⁰

-
25. Calpurnio, noble de Pompeya, recorre Grecia, Galia; visita Germania. Salva a una joven, Velleda, de ser atacada por un lobo, y seis meses después se casa con ella; juntos viajan a Massalia. A la muerte de ella, vive aislado del bullicio y sumergido en el dolor. El mismo día en que decide partir a Oriente, se produce la erupción del Vesubio, escapa milagrosamente para iniciar su primera misión: un peregrinar en busca de Dionisio porque así se lo hace saber una dama velada. Conoce a Plácido en Roma por medio de Dión, allí permanecen juntos por dos días. Encuentra al hermano de Velleda moribundo, que como gladiador sucumbe por las heridas recibidas en un combate. Posteriormente, es testigo de la muerte de Dionisio y de su milagro: Dionisio, al ser decapitado, recoge su propia cabeza y se la entrega a Calpurnio: “Depositó con religioso respeto la santa cabeza del mártir, al lado del cuerpo, y acompañado de algunos cristianos, cuando la noche hubo llegado, fuimos á esconder el tesoro en una de las bóvedas de las catacumbas. Allí, delante de esas preciosas reliquias del hombre justo, he orado y llorado mucho, y Dios ha oído mi oración, y ha tenido piedad de mis lágrimas, porque soy otro hombre y el consuelo visitó mi alma”. *Ibid.*, pp. 236-237. Luego se bautiza en la fe cristiana. Después de muchos años, se encuentra con Eustaquio, para entonces ambos son cristianos y hombres solitarios, permanecen juntos por un par de horas. En su segunda misión, por sus conocimientos de medicina, atiende a Athenais que está moribunda y le salva la vida.
 26. Plinio, el naturalista. Padre adoptivo de Plácido; viven juntos aproximadamente diecinueve años. Dieciséis años después llega en su barco nuevamente a Pompeya, deseoso de ver y estudiar el fenómeno de la erupción del volcán, pero muere en su intento.
 27. Fabio, romano de sangre noble; testigo del horror de la guerra en Jerusalén; también observó el entierro de Miriam, la madre del Nazareno, y la ascensión de ella a los cielos. Amigo de Dionisio, a quien amaba como a un hermano; y amigo de Plinio, juntos iban camino a Pompeya cuando escucharon la noticia de que el volcán Vesubio había hecho erupción por primera vez.
 28. Domicia, esposa del emperador Domiciano. Tiene algún conocimiento sobre la ciencia de las predicciones; lee en el vaso del oráculo el nombre del sucesor de Domiciano (Nerva) y es quien planea y gesta la muerte del emperador, al enterarse de que su esposo la tiene en una lista para asesinarla junto con un grupo de senadores. Pero, siguiendo las creencias, introduce en la boca de Domiciano un Triente, y, así, asegura su entrada en los Campos Elíseos; para ello, le pide ayuda a Plácido, quien está al lado del cuerpo.
 29. Dión acompaña a Plácido y a Calpurnio en busca de Dionisio; juntos en este proceso pasan unos días. También es un orador que en el momento en que Nerva asume el poder y el pueblo enardecido quiere su vida para vengar a Domiciano, el emperador muerto, él, con voz vibrante, se dirige al pueblo, lo aplaca con el don de la palabra y Nerva asume como emperador. Apolonio lo oye y al bautizarlo lo llama Dión Crisóstomo (Boca de oro). *Ibid.*, p. 80.
 30. Dionisio, es un modelo de santidad para Calpurnio. Es un anciano de barba blanca y fisonomía venerable. La única vez que Plácido lo ve es cuando acude a darle el bau-

Félix,³¹ Athenais,³² Adriano.³³ Con el tejido narrativo que forman estas vidas textuales, se deleita, se instruye y se persuade. Pero el modelo narrativo para

tismo al hermano de Velleda en su lecho de muerte. Después, el Pontífice Clemente lo envía a la Galia a bautizar, instruir, predicar, apacentar aquel rebaño, y para que sea el pastor del área. Él parte a evangelizar, pero un día: “el agosto anciano, es arrebatado de aquel lugar de paz y de oración, y llevado ignominiosamente frente a los tribunales, que le condenaron porque era justo, y le sentenciaron a muerte porque era santo”. *Ibid.*, p. 233. Después de ser torturado, fue decapitado. “Pero entonces sucedió una cosa inaudita y que hizo retroceder a las masas dominadas por un terror santo. Aquel cuerpo sin cabeza, [...] aquel cuerpo muerto á la vida terrestre, aquel cuerpo sangriento y destrozado, se puso en pie en medio de aquel inmenso pueblo, adelantó algunos pasos, se inclinó, recogió con las manos la pálida y yerta cabeza, y en medio de un solemne silencio, avanzó en dirección á mí, con paso tranquilo, grave, uniforme. Estremecido, palpitante, llenos de lágrimas mis ojos, salí al encuentro de aquel cadáver vivo, y recibí en mis manos el precioso depósito; ofrenda sagrada que debía conservar como un precioso y santo recuerdo”. *Ibid.*, p. 235.

31. Félix, un piloto de barco, enormemente rico con palacios en Grecia. Lleva a Eustaquio y a su familia con rumbo al Oriente; él se enamora de Teopista, la esposa de Plácido, y para quedarse con ella, por la noche planea con Vindex drogar a Eustaquio y abandonarlo en una ensenada de África, dejándolo en la playa con sus dos pequeños hijos. Sin embargo, Teopista lo rechaza y arremete contra él por haberle arrebatado al esposo y los hijos. Después, un huracán azota el barco, Teopista se lanza al mar y Félix tras ella, la salva de morir, se aferran a un madero para tratar de sobrevivir, pero él muere por el huracán.
32. Athenais, joven de extraordinaria belleza, hija adoptiva del emperador Nerva, quien después descubre que ella es su nieta. Sabe que su padre, Marco, a quien conoce únicamente el día en que va a contraer matrimonio, y su madre son cristianos. Ella salva la vida de Nerva al interponerse entre él y un cuchillo, preciso momento en que Plácido llega y evita los asesinatos. Bajo la protección de Nerva, va a vivir a Timelia; allí reconoce a Plácido-Eustaquio, le da posada por una noche. Luego, por orden de Nerva, ella vuelve a Roma para contraer matrimonio con Trajano. Marco impide la boda, porque el matrimonio es forzado, porque ella ama al soldado Escipión. Más tarde, Nerva, en su lecho de muerte, decide que ella y Escipión se casen; pero este muere en el campo de batalla tratando de conquistar el triunfo romano para merecerla. La pena hace que ella se recluya en Tibelia, por muchos años. Finalmente, vuelve a Roma para solicitar un favor, que nunca llega a decir. Al saber que Eustaquio y su familia se van a proclamar cristianos ante el emperador Adriano, ella decide hacerlo también; todos mueren.
33. Adriano, emperador de Roma, sucesor de Trajano. Le da ascenso a los hijos de Eustaquio, considerando a toda la familia como parte de la familia imperial. Al saber que Eustaquio es cristiano, se produce una lucha en su corazón entre la amistad, los servicios prestados, la abnegación, vs. la razón de Estado. Finalmente, ordena la muerte de Eustaquio, Teopista, Agapito, Teopisto y Athenais; al final se arrepiente, a pesar de que ya es tarde el perdón; desde entonces, preso del remordimiento, recorre a pie y con la cabeza descubierta todas las provincias del imperio; viaje que dura trece años y, a su regreso, se encierra en el palacio de Bayes; allí publica el *Edicto Perpetuo*, y las leyes que prohíben los sacrificios humanos y el comercio de esclavos.

presentar esta vida, la hagiografía, expone dramáticamente los valores que personifica el personaje a través de imágenes básicas que van dirigidas a reacciones emotivas de tristeza, empatía, dolor, sufrimiento, etc.

Ahora, el libro, en su edición de 1896, está dividido en tres secciones,³⁴ con un total de 36 capítulos; presenta historias aparentemente inconexas, cuya única relación con la historia principal es la de entrecruzarse con la vida de Plácido y ser un motivo para un hecho, que desencadena una situación o que complementa un aspecto del personaje. Sin embargo, todas estas historias ofrecen al lector una mirada panorámica de una sociedad desconocida, pero que tiene diversos puntos en común con el lector del siglo XIX que era a quien tenía en mente el autor, y al que, a través de la comprensión del mundo de la novela, se le dan modelos para que se constituya en uno de los sujetos ideales representados, para que sea un ciudadano ideal de la nueva nación.

Para entender mejor la intención, debe verse la primera edición de la novela.³⁵ En ella hay una dedicatoria del autor para su padre: “A mi querido padre, el señor Doctor Don José Antonio Campos”, donde él explicita claramente dos intenciones:

Dedicar a U. las páginas que hoy doy a luz, y ofrecerle mi trabajo, imperfecto sin duda, es la mayor de mis glorias, porque es la manifestación pública del cariño profundo que a U. profeso. [...] Describir el triunfo del cristianismo en su marcha progresiva desde el primer siglo de su fundación; verle derribando poco a poco, y uno por uno, los templos del hombre, y elevando también uno por uno los templos de Dios [...] es el cuadro más hermoso, es el espectáculo más sublime que es dado contemplar a la raza humana. De este cuadro de inmensas dimensiones, he tomado uno de sus interesantes episodios, y sobre él he escrito algunas páginas, que doy al público. Si ellas nada valen bajo el punto de vista literario, si tienen valor

-
34. INTRODUCCIÓN: I. El viaje a Capua, II. Pompeya, III. La erupción del Vesubio. PRIMERA PARTE: I. La última cena de Domiciano, II. El enigma, III. El triente, IV. El pueblo rey, V. El combate de los gladiadores, VI. Dos filosofías, VII. El Pontífice Clemente, VIII. El pacto entre dos demonios, IX. Primer dolor, X. El dedo de Dios, XI. XII. Segundo dolor, XIII. Historia antigua siempre nueva, XIV. La nieta de un emperador. SEGUNDA PARTE: I. Fe, II. El último de los Escipiones, III. Tarde siempre, IV. La última lágrima, V. En las Galias, VI. El iris después de la tormenta, VII. La muerte de Nerva, VIII. Los funerales, IX. El amo del mundo, X. El sueño de Trajano, XI. Omnia vincit amor, XII. Un capítulo de historia, XIII. El sucesor de Trajano, XIV. Dicha - La madre, XV. La última nube, XVI. Confesión de la fe, XVII. La nueva cristiana, XVIII. La cruz, XIX. El toro de Bronce.
35. Francisco Campos, *Plácido, Novela*, 1a. ed., Guayaquil, Imprenta i Encuadernación de Calvo i Ca., 1871.

bajo el punto de vista religioso, porque ellas son la ofrenda del alma, cuya fe está intacta, cuya creencia no ha vacilado...

Reciba U., pues, querido padre mío, esta débil muestra del profundo e inalterable cariño que le profesa su amante hijo, Francisco.³⁶

Abiertamente, Francisco Campos señala que una de sus metas era hacer una exposición de los valores católicos por medio de la narración de una vida. Al efectuar esto empleó uno de los géneros más difundidos y conocidos, el cual tiene sus orígenes en los primeros siglos del cristianismo y surgió desde que los emperadores hicieron grandes persecuciones por abrazar el cristianismo. Esos textos se escribían como archivos para documentar nombres, hechos y torturas. A partir del siglo IV comenzaron ya las vidas en las que aparecen los elementos sobrenaturales y enfatizan el sufrimiento físico del biografiado.³⁷ La tradición hagiográfica pasó a las diversas lenguas; en español se difundieron varios libros, entre los que sobresale el *Flos sanctorum*.³⁸ Los textos impresos más difundidos fueron el *Flos sanctorum* de Alonso de Villegas (1588) y el *Flos sanctorum* o *Libro de las vidas de los santos* de Pedro de Ribadeneira (1599). La intención de contar este tipo de vida era la de dar testimonio y la de difundir la piedad y los actos hechos en esas existencias; textos para los que hubo una gran demanda, como sucedió con la vida de Plácido: “Eustaquio, sobre este santo-guerrero, el de la visión del ciervo y la cruz, consta tan solo que era un famoso general y muy poco más, aunque su figura fue tan atractiva que incluso llegó a colarse en el folclore de ciertas zonas de Asia”.³⁹

36. F. Campos, *Plácido, Novela*, pp. 1-2 (la ortografía se ha modernizado).

37. Alan Deyermond, “The Lost Genre of Medieval Spanish Literature”, en *Hispanic Review*, No. 43, 1975, pp. 231-259.

38. *Flos sanctorum*: existen 14 manuscritos que se conocen con este título; todos ellos derivan de la *Legenda aurea* de Jacobo de Vorágine escrita en latín en el siglo XIII. “Aunque las colecciones romances derivan de la de Vorágine, ninguno de los santorales castellanos puede considerarse sin más una traducción de la *Legenda aurea*, pues ninguno la reproduce por entero, ni siquiera hay ninguno que abarque todo el año litúrgico; en cambio, presentan adiciones de vidas de santos que responden a intereses locales o de la orden religiosa a la que pertenece el hagiógrafo [...]. Así que la variedad de criterios supuso resultados bien diversos, pues algunos compiladores siguieron con fidelidad la *Legenda*, aunque se limitaran a una parte, otros seleccionaron lo que les interesó y algunos de ellos interpolaron lo que les pareció”. Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, *Diccionario filológico de literatura medieval española*, Madrid, Castalia, 2002, p. 568.

39. Ángel Gómez Moreno, *Claves hagiográficas de la literatura española del Cantar de Mio Cid a Cervantes*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana Editorial, 2008, p. 32.

En las páginas del *Flos sanctorum o Libro de las vidas de los santos* de Ribadeneira⁴⁰ aparecen más o menos los lineamientos que se dan en *Plácido*, de Campos, en las siguientes historias: Eustaquio (FS: 521 a la 524), mientras que en *Plácido*, contada por él mismo, su vida aparece condensada en las páginas 190 a la 214; la vida de Dionisio (FS: 574 a la 577) y en la novela, va de las páginas 232 a la 236; la existencia de Ignacio (FS: 145) y en *Plácido*, de las páginas 93 a la 104 y de la 283 a la 285. Además, los pasajes bíblicos sobre Myriam o la Virgen María (FS: de la 60 a la 63 y de la 445 a la 446), mientras que en la novela están en la página 10. Lo mismo sucede con el pasaje de Lázaro (FS: de la 14 a la 15), que en la novela se halla en las páginas 28 y 29.

Con *Plácido*, Francisco Campos empleó la realidad y la ficción; tomó de las vidas de santos la historia, que ya de por sí tenía bastante ficción, y agregó nuevas vidas; algunas de ellas sacadas de las mismas colecciones de santos, como la de Ignacio y la de Dionisio. También usó nombres históricos conocidos (Calpurnio, Escipión) para personajes ficticiales; y en un eje temporal, cruzó otras vidas ficticias para consolidar a su Plácido-Eustaquio que termina por ser un modelo ideológico religioso y un paradigma de ciudadano, con las características esenciales de ser un gran hombre de familia, serio en su deber y respetado por todos.

La recepción de esta novela en el ambiente cultural ecuatoriano del momento debió ser de tres clases, teniendo en cuenta la autoridad que le otorgaran al autor. Algunos creerían en la veracidad y aceptarían que los hechos narrados eran “reales”, que habrían ocurrido; potencialmente alguno habría deseado emular a los personajes. Otros lo leerían como una historia entre la frontera de la verdad y la ficción al aceptar que los santos habían existido, que los milagros también se podían producir y que hubo y había seres con una conducta ejemplarizante. Estos leerían ya el relato como literaturizado, pero la lectura seguiría siendo ejemplar. En estos dos grupos se aceptaría que lo interpretado podía modificar conductas. Pero también habría un tercer grupo que consideraría total ficción lo representado; posiblemente sería el grupo más reducido.

No debe olvidarse que el ambiente cultural circundante impulsado, vivido y aceptado por muchos estaba impregnado de religión y de percepciones religiosas donde el mundo de Plácido no solo era verosímil, sino, para algunos, verdadero.

40. Pedro de Ribadeneira, *Flos sanctorum o Libro de las vidas de los santos*, Primera parte, Madrid, Imprenta Real, 1675.

Religión es la empresa humana por la que un cosmos sacralizado queda establecido. Dicho de otro modo, religión es una cosmización de tipo sacralizante. Por sagrado entendemos aquí un tipo de poder misterioso e imponente, distinto del hombre y sin embargo relacionado con él, que se cree que reside en ciertos objetos de experiencia... Podemos, pues, afirmar que la religión ha desempeñado un papel estratégico en la empresa humana de construcción del mundo.⁴¹

Desde esta perspectiva, en la sociedad ecuatoriana de la década del setenta del siglo XIX, donde se había impuesto una realidad en la que predominaba el catolicismo como *la* religión que estructuraba la experiencia y controlaba la construcción social de la realidad, *Plácido* ofrece una prueba más del peso del campo religioso en la vida social.

Como novela, dentro de esta situación social, *Plácido* presenta el tipo de trama dramática que atrae al lector interesado en dejarse convencer e implicar mediante la lectura, porque lo interpretado en cada historia relatada le proporciona las pruebas y los argumentos, que ya sabía desde el comienzo, y que, al llegar a la conclusión, le permiten desahogar la tensión acumulada en cada escena. Regresando a la retórica, en cada capítulo se narra una historia que cumple las tres cualidades necesarias para la *narratio*: son breves, claras y verosímiles; y a ellas se aplican los criterios de la *dispositio* retórica: o sea, la colocación de las partes “o de la colocación de las ideas en exordios, narraciones, confirmaciones y epílogos”.⁴²

Cuando Aristóteles previó esta receta [...] sabía muy bien que los parámetros de aceptabilidad e inaceptabilidad de una trama no residen en la trama misma, sino también en el sistema de opiniones que regulan la vida social. Para resultar aceptable, la trama debe ser verosímil, y lo verosímil no es más que la adhesión a un sistema de expectativas compartido habitualmente por la audiencia.⁴³

Es decir, Francisco Campos empleó creencias y valores internalizados para ejercer una influencia considerable en el pensamiento y en la actuación

41. Peter Berger, *Para una teoría sociológica de la religión*, Barcelona, Kairós, 1971, pp. 46-47, 50.

42. Eustaquio Sánchez Salor, “El Numerus Naturalis en la estética del XVI”, en Agustín Ramos Guerreira, edit., *Mnemosynum: C. Codoñer a discipulis oblatum*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991, p. 303.

43. *Eco*, No. 5, 1971, en B. Mortara Garavelli, *Manual de retórica*, p. 83.

de la sociedad; utilizó aspectos de la retórica que entendía y manejaba, y conscientemente los aprovechó para persuadir. Jugó con la elaboración imaginaria para construir un mundo que, aunque utópico, era comprendido, aceptado y hasta anhelado. Su escritura fue una forma de articular el pensamiento para promover la acción social frente a las dificultades de su realidad, y un medio para influenciar la manera de afrontar la vida en sociedad. Por todo esto, *Plácido* es una seria contribución, un paso importante en el desarrollo de la novela en Ecuador. ☺

Fecha de recepción: 21 febrero 2011

Fecha de aceptación: 4 abril 2011

Bibliografía

- Abate, Sandro, “Elementos hagiográficos en la obra de Rubén Darío: poesía y cuento”, en *Hispania*, v. 79, No. 3, septiembre de 1996, pp. 411-418.
- Alvar, Carlos, y José Manuel Lucía Megías, *Diccionario filológico de literatura medieval española*, Madrid, Castalia, 2002.
- Ayala Mora, Enrique, “Gabriel García Moreno y la gestación del Estado nacional en Ecuador”, en *Crítica y Utopía. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, No. 5, Buenos Aires, septiembre, 1981, pp. 1-16.
- Berger, Peter, *Para una teoría sociológica de la religión*, Barcelona, Kairós, 1971.
- Boyer, Régis, “An Attempt to Define the Typology of Medieval Hagiography”, en *Hagiography and Medieval Literature*, Boulder, Odense University Press, 1981.
- Campos, Francisco, *Plácido, Novela*, Guayaquil, Imprenta i Encuadernación de Calvo i Ca., 1871.
- *Narraciones fantásticas*, Guayaquil, Empresa Editorial Olmedo, 1894.
- *Plácido, novela original*, Guayaquil, Empresa Editorial Pichincha, 1896, 2a. ed.
- Deyermond, Alan, “The Lost Genre of Medieval Spanish Literature”, en *Hispanic Review*, No. 43, 1975, pp. 231-259.
- Estébanez Calderón, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Flores, Carlos Alberto, *Apuntes biográficos del Dr. Francisco Campos*, Guayaquil, Talleres Gráficos de Educación, 1943.
- Fohteringham, Wallace C., *Perspectives on Persuasion*, Boston, Allyn and Bacon, Inc., 1966.
- Gómez Moreno, Ángel, *Claves hagiográficas de la literatura española del Cantar de Mio Cid a Cervantes*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana Editorial, 2008.
- Hurtado, Osvaldo, *Las costumbres de los ecuatorianos*, Quito, Planeta, 2007.

- Iwasaki, Cauti Fernando, “Vidas de santos y santas vidas; hagiografías reales e imaginarias en Lima colonial”, en *Anuario de Estudios Americanos*, t. LI, No. 1, 1994, pp. 47-64.
- Jones, Melissa R., *Modernist hagiography: Saints in the writings of Joyce, Stein, Eliot, and H.D.*, Ohio, Kent State University, 2004. [Disertación doctoral].
- Lozano-Renieblas, Isabel, “La leyenda de san Eustaquio”, en *Novelas de aventuras medievales: género y traducción en la Edad Media hispánica*, Kassel, Edition Reichenberger, 2003, pp. 76-77.
- Miller, Gerald R., *New Techniques on Persuasion*, New York, Harper & Row Publishers Inc., 1973.
- Mortara Garavelli, Bice, *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1988.
- Pólit, Manuel María, edit., *Escritos y discursos de Gabriel García Moreno*, Quito, Imprenta del Clero, 1887.
- Rapp Dombrowski, Christine, *The Making of a Romantic Female Hagiography*, Filadelfia, University of Pennsylvania, 2008. [Disertación doctoral].
- Ribadeneira, Pedro de, *Flos sanctorum o Libro de las vidas de los santos*, Primera Parte, Madrid, Imprenta Real, 1675.
- Riofrío, Miguel, *La emancipada* (edición de Flor María Rodríguez-Arenas), Doral, Florida, Stockcero, 2009.
- Rodríguez-Arenas, Flor María, “Representación y escritura: el realismo en *La emancipada* de Miguel Riofrío (1863)”, en Miguel Riofrío, *La emancipada*, Doral, Florida, Stockcero, 2009, segunda edición crítica revisada y aumentada, IV-LXXII, Notas, pp. 1-50.
- Sánchez Salor, Eustaquio, “El Numerus Naturalis en la estética del XVI”, en Agustín Ramos Guerreira, edit., *Mnemosynum: C. Codoñer a discipulis oblatum*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991, pp. 298-308.
- Tobar, Carlos Rodolfo, *De todo un poco*, Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1896.
- Tobar Donoso, Julio, “Francisco Campos”, en *Los miembros de número de la academia ecuatoriana muertos en el primer siglo de su existencia*, Quito, Editorial Ecuatoriana, 1976, pp. 301-303.
- Vauchez, André, “El santo”, en Jacques Le Goff, edit., *El hombre medieval*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, pp. 323-358.